

## Capítulo 1

### LA HISTORIA SOCIAL DE LA TEORÍA POLÍTICA

#### ¿QUÉ ES LA TEORÍA POLÍTICA?

Toda civilización compleja, con un estado y una clase dirigente organizada, debe generar algún tipo de reflexión sobre las relaciones que se establecen entre los dirigentes y los dirigidos, entre los que mandan y los que acatan, entre ordenar y obedecer. Tanto si adopta la forma de una filosofía sistemática o una forma poética como si trata de una parábola o de un proverbio, a esta reflexión podemos llamarla, tanto en las tradiciones orales como en las culturas escritas, pensamiento político. De todos modos, el tema de este libro es una manera bastante particular de entender el pensamiento político, pues hace referencia a una forma que apareció en la Grecia antigua, dentro de unas condiciones históricas muy particulares, y que a lo largo de dos milenios se desarrolló en la región que llamamos Europa y en sus reductos coloniales.<sup>1</sup>

Los griegos, para bien o para mal, inventaron un modo propio y distintivo de lo que significa *teoría* política: la interrogación sistemática y

1. El pensamiento político, en cualquiera de sus formas, supone la existencia de una organización política. A los efectos de este libro, llamaré a esa forma de organización el «estado» y lo definiré de un modo que sea lo bastante amplio como para abarcar una amplia variedad de formas, desde la *polis* griega y el antiguo reino burocrático hasta el estado-nación moderno (aunque a menudo tendremos ocasión, a lo largo de este libro, de tomar buena nota de las diferencias entre los diversos tipos de estado). El estado es, por tanto, «un complejo de instituciones mediante las cuales el poder de la sociedad se organiza sobre un principio superior al del parentesco», una organización de poder que conlleva el atribuirse «una importancia primordial en la aplicación de la fuerza unilateral a los problemas sociales» y que consiste en «instrumentos formales y especializados de coerción» (Morton Fried, *The Evolution of Political Society*, Random House, Nueva York, 1968, págs. 229-230). El estado abarca instituciones menos inclusivas —familias, clanes, grupos de parentesco, etc.— y cumple funciones sociales comunes a todos y que este tipo de instituciones no pueden desempeñar.

## 14 De ciudadanos a señores feudales

analítica (llena de definiciones laboriosamente construidas) de los principios políticos; la aplicación de la razón crítica a la interrogación de sus fundamentos, y la legitimidad de las normas morales y los principios del derecho político. Si bien en el mundo occidental ha habido muchas otras maneras de pensar la política, aquellos a los que consideramos como los clásicos —antiguos y modernos— del pensamiento político occidental pertenecen a la tradición de *teoría* política que fundaron los griegos.

Otras civilizaciones antiguas que, en muchos sentidos, estaban más desarrolladas que los griegos —comenzando por las técnicas de cultivo y terminando por el comercio, sin olvidar la navegación y cualquier forma de arte o artesanía mayor que podamos concebir— produjeron abundante literatura sobre cada una de las actividades humanas y también se preguntaron cuáles habrían sido los orígenes de la vida y la formación del Universo; pero, en general, no hicieron un estudio crítico y sistemático sobre el orden político.

Podemos contrastar, por ejemplo, la manera en que los griegos entendían los principios del orden político con la filosofía del precepto ético, del aforismo, del consejo y el ejemplo que produjo la civilización china (mucho más desarrollada y compleja que la griega), cuya tradición de pensamiento político era propia, rica y variada. En ese sentido, la filosofía confuciana, para referirse a cuál ha de ser la conducta apropiada, elige por ejemplo la forma aforística, aunque también se expresa, con el fin de comunicar lecciones políticas, con proverbios y anécdotas ejemplares. No lo hace, sin embargo, mediante la argumentación, sino a través de alusiones sutiles y de capas complejas de significado. Otra de las civilizaciones que resultó ser más desarrollada que la griega clásica fue la india, que generó una tradición de pensamiento político en la que no aparece la reflexión teórica y analítica que caracterizó a las obras indias en otros ámbitos, como son la lógica, la epistemología y la filosofía moral, pero expresó su compromiso con las disposiciones políticas existentes en una forma muy didáctica, desprovista de una argumentación sistemática. Asimismo, también podemos contrastar la filosofía política clásica con la anterior poesía homérica, centrada en los ideales, los modelos y ejemplos heroicos, o con la poesía política de Solón en vísperas de la *polis* clásica.

Tal como la conocemos en Occidente, la teoría política se remonta a los antiguos filósofos griegos —especialmente Protágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles—, y ha dado lugar a una serie de pensadores que

forman parte del «canon» y cuyos nombres han pasado a ser familiares, incluso para quienes aún no han leído ninguna de sus obras: Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Nicolás Maquiavelo, Thomas Hobbes, John Locke, Jean-Jacques Rousseau, Georg Wilhelm Friedrich Hegel y John Stuart Mill, entre otros muchos. Los textos de estos pensadores son muy diferentes entre sí, pero tienen algunos puntos en común. Si bien, en ocasiones, analizan el estado tal como es, su principal empeño consiste en hacerlo de manera crítica y prescriptiva, pues todos ellos conciben cómo debería ser la ordenación justa y adecuada de la sociedad y del gobierno. Y aquello que a menudo se concibe como «justo» se basa en cierta concepción de la justicia y de la vida moralmente buena, pero también puede proceder de algunas reflexiones prácticas sobre aquello que es necesario para mantener la paz, la seguridad y el bienestar material.

Algunos teóricos de la política pensaron cómo debía ser un estado idealmente justo; otros, en cambio, plantearon cuáles debían ser las reformas que tenían que emprender algunos gobiernos y ofrecieron propuestas para guiar las políticas públicas. Para todos ellos, las preguntas fundamentales guardaban relación con quién debía gobernar y cómo debía hacerlo, o con qué forma de gobierno era la mejor. Pero, en general, aceptaban que no era suficiente con hacer preguntas (y responderlas) sobre cuál era la mejor forma de gobierno, sino que postulaban que debían analizarse críticamente los motivos por los cuales algunos juicios tenían más validez que otros. En estas preguntas siempre subyace una concepción determinada de la naturaleza humana y una idea sobre qué cualidades deben ser cultivadas y controladas por los seres humanos para lograr un orden social justo y adecuado. Los teóricos de la política esbozaron sus ideales con respecto a los seres humanos e indagaron qué género de disposiciones políticas y sociales eran necesarias para que esta forma de concebir a la humanidad se hiciera realidad. Y, desde que se formularon estas cuestiones sólo hubo que dar un paso para preguntarse, por ejemplo, por qué y bajo qué condiciones debíamos obedecer a quienes nos gobernaban, y si siempre teníamos derecho a desobedecerlos y rebelarnos.

Pueden parecernos preguntas obvias, pero la idea misma de plantearlas, la idea de que los principios de un gobierno o la obligación de obedecer a la autoridad son temas apropiados para la reflexión sistemática y la aplicación de la razón crítica, no es algo que podamos dar por descontado. La teoría política supuso un hito cultural tan impor-

## 16 De ciudadanos a señores feudales

tante como la reflexión filosófica sistemática o la reflexión científica sobre la naturaleza de la materia, la Tierra y los cuerpos celestes. La invención de la teoría política resulta, en todo caso, más difícil de explicar que la aparición de la filosofía natural y la ciencia.

En las páginas que siguen, exploraremos las condiciones históricas en las que se inventó la teoría política y el modo en que se desarrolló en contextos históricos específicos, teniendo siempre presente que la mayoría de sus obras clásicas fueron escritas como respuesta a circunstancias históricas particulares. Los períodos de mayor creatividad para la teoría política tuvieron lugar en momentos históricos en los que el conflicto social y político estalló de un modo particularmente apremiante, acarreando consecuencias de largo alcance. Pero incluso en épocas más sosegadas, las preguntas que se plantearon los teóricos de la política se presentaron de manera específica.

Esto significa varias cosas. En primer lugar, que los teóricos de la política pueden hablarnos a través de los siglos. Como comentaristas de la condición humana, tal vez tengan algo que decir en todas las épocas. Pero son criaturas históricas, como todos los seres humanos, y si tenemos alguna idea de por qué expresaron ciertas cosas, quiénes fueron sus destinatarios, con quiénes polemizaron (implícita o explícitamente), cómo observaron el mundo inmediato que los rodeaba y qué cosas pensaban que debían ser cambiadas o conservadas, podremos comprender de un modo mucho más rico y cabal aquello que tienen que decirnos, incluso la manera en que sus propias ideas podrían iluminar nuestro momento histórico específico.

No se trata sencillamente de una cuestión de detalle biográfico o incluso de un «trasfondo» histórico. Comprender aquello que dicen los teóricos de la política exige que conozcamos qué preguntas trataron de responder, así como aquellas otras preguntas a las que se enfrentaron, no sólo como abstracciones filosóficas, sino como problemas específicos, planteados por condiciones históricas concretas, en el contexto de actividades prácticas específicas, de relaciones sociales, cuestiones impostergables, quejas y conflictos concretos.

## LA HISTORIA DE LA TEORÍA POLÍTICA

La comprensión de la teoría política como un producto histórico no siempre ha predominado entre los especialistas en historia del pen-

samiento político. Tal vez todavía precise justificarse ante la acusación, entre muchas otras, de que, al historiar las grandes obras de la teoría política, se las degrada y se las trivializa, con lo cual se les niega cualquier significado e importancia más allá de su propio momento histórico.

Trataré de explicar y defender las razones que justifican mi modo de proceder, pero para ello, en primer lugar, es preciso que esboce el modo en que la historia del pensamiento político ha sido estudiada en los últimos tiempos.

En las décadas de 1960 y 1970, en una época en la que había renacido el estudio de la teoría política, los especialistas académicos solían debatir incansablemente sobre la naturaleza y el destino de esta materia. Pero en las universidades norteamericanas, sobre todo, en general se esperaba que los teóricos de la política aceptaran que los estudios se basaban en datos «empíricos» y «normativos». De un lado, estaba la ciencia política *real*, que afirmaba tratar científicamente los hechos de la vida política tal como son; y del otro, la «teoría», confinada a la torre de marfil de la filosofía política y dedicada a reflexionar no sobre lo que *es*, sino sobre aquello que *debería ser*.

Indudablemente, esta estéril división de la disciplina debía mucho a la cultura de la guerra fría, que en general alentaba a que los académicos renunciaran a ejercer una crítica social mordaz. La ciencia política perdió, en todo caso, gran parte de su carácter incisivo. El objeto de estudio para esta supuesta «ciencia» no era la acción creativa humana, sino más bien el «comportamiento» político que podía ser comprendido —y así se afirmaba— por medio de métodos cuantitativos adecuados a los movimientos involuntarios de los cuerpos materiales, átomos o plantas.

Por cierto, esta manera de ver la ciencia política fue puesta en tela de juicio por algunos teóricos de la política, especialmente por Sheldon Wolin, cuya obra, *Politics and Vision*, reivindicaba con elocuencia la importancia de una visión creativa en el análisis político.<sup>2</sup> Pero, al menos por un tiempo, muchos teóricos de la política parecían estar lo bastante contentos como para aceptar el lugar que les asignaban los ultraempiristas «conductistas» que por entonces dominaban los departa-

2. La versión más reciente, ampliada y revisada, de *Politics and Vision: Continuity and Innovation in Western Political Thought*, cuya primera edición apareció en 1960, es la de Princeton University Press publicada en 2006.

## 18 De ciudadanos a señores feudales

mentos norteamericanos de ciencias políticas. Esto les resultaba especialmente conveniente a los discípulos de Leo Strauss, que en esa época formaban una nefasta alianza con los conductistas, en virtud de la cual cada facción estaba de acuerdo en respetar la inviolabilidad del territorio de la otra.<sup>3</sup> Los empiristas iban a dejar que los filósofos desarrollaran tranquilamente sus intrincadas redes conceptuales siempre y cuando los teóricos normativos no centraran sus críticas en el análisis político que hacían los colegas de la línea empírica. El ataque straussiano contra el «historicismo» se dirigía contra otros teóricos, en una defensa sedicente de las verdades universales y absolutas en contra del relativismo de la modernidad. Y aunque después destacarían como ideólogos influyentes del neoconservadurismo y también, por decirlo de algún modo, como mentores filosóficos del régimen de George W. Bush, los teóricos straussianos que pertenecían a una generación anterior se limitaban a dar continuidad, en el plano filosófico, a su agenda política reaccionaria y antimoderna (cuando no antidemocrática), salvo en aquellos casos en los que se aventuraban completamente fuera de los

3. No es éste el lugar para entrar a debatir las opiniones políticas de Leo Strauss, pues sólo se trata de enfocar su estudio de la teoría política. Nacido en Alemania en 1889, Strauss emigró a Estados Unidos en 1937. Después de haber sido nombrado profesor de la Universidad de Chicago en 1949, ejerció una gran influencia en el estudio de la teoría política en Norteamérica, dando lugar a una escuela de interpretación a la que sus discípulos y estudiantes dieron continuidad. El punto de partida de Strauss para enfocar la teoría política es la premisa según la cual los filósofos políticos, aquellos a los que les preocupan la verdad y el conocimiento, y no sólo la mera opinión, se han visto obligados, a lo largo de la historia del canon, a disfrazar sus ideas para que no los persiguieran por subversivos. Han adoptado, según los straussianos, un modo «esotérico» de escribir, lo que obliga a que los intérpretes académicos los lean entre líneas. Esta coacción, parecen sugerir los straussianos, no ha hecho más que agravarse tras el comienzo de la modernidad y, en concreto, con la democracia de masas que (al margen de las otras virtudes que pueda tener o no) se halla inevitablemente dominada por la opinión y, según parece, la hostilidad hacia la verdad y el conocimiento. Los straussianos se consideran una cofradía privilegiada y exclusiva en su acceso al significado verdadero de la filosofía política, y se toman unas enormes libertades de interpretación, lo que les lleva a alejarse del texto literal en unos sentidos que muy pocos especialistas se permitirían. Esta manera de enfocar las cosas, huelga decirlo, tiende a limitar las posibilidades del debate entre los straussianos y quienes se encuentran fuera de su hermandad, puesto que otras interpretaciones de los textos son descartadas a priori por considerar que no perciben los significados «esotéricos» ocultos. Por mucho que los straussianos hayan menospreciado la ciencia política «empírica», con su método han reforzado el encierro de la teoría política «normativa» en su propio campo solipsista.

muros de la academia y escribían los discursos de los políticos de la derecha. Sus colegas «empiristas», según parece, debieron de entender que los straussianos, con sus preocupaciones filosóficas esotéricas y casi cabalistas, no suponían ningún desafío para la superficialidad y la vacuidad de la ciencia política «empírica».

Sin embargo, los straussianos no fueron los únicos en aceptar la clara línea de división entre lo empírico y lo normativo, o entre la teoría y la práctica. Existía, como mínimo, la opinión, muy difundida, de que escarbar en las realidades de la política, aunque estaba bien para algunos, no era lo que los teóricos políticos debían hacer. El trabajo pionero del politólogo canadiense C. B. Macpherson, quien había dado un enfoque diferente al estudio de la teoría política al situar a los pensadores ingleses del siglo XVII en el contexto histórico de lo que él denominaba una «sociedad mercantil posesiva», resultó ser algo más que una desviación respecto de la corriente dominante de la especialidad anglonorteamericana.<sup>4</sup> Los especialistas que estudiaban e impartían clases sobre el pensamiento político, es decir, que estudiaban y enseñaban a los «clásicos» del «canon» occidental, no siempre suscribían la variedad straussiana de antihistoricismo, pero a menudo se mostraban en desacuerdo con la historia. Muchos de ellos trataban a los «grandes» como si fueran mentes puras que flotaban ajenas a la lucha política, y cualquier intento de situar a estos pensadores en un suelo histórico firme, cualquier intento que se hiciera por tratarlos como seres históricos que vivieron y respiraron apasionadamente, comprometidos en la política de su propia época y lugar, sería desechado como una pura trivialidad que no hacía más que rebajar la grandeza de esos hombres, reduciéndolos a meros publicistas, panfletarios y propagandistas.<sup>5</sup>

Según esta manera de ver las cosas, lo que distinguía a la filosofía política real de la simple «ideología» era que aquella se hallaba por en-

4. La obra *The Political Theory of Possesive Individualism: Hobbes to Locke* fue publicada en su primera edición por Oxford University Press en 1962 (trad. cast.: C. B. Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo: De Hobbes a Locke*, Fontanella, Barcelona, 1979); pero, en la década de 1950, Macpherson ya había publicado unos artículos en los que aplicaba su enfoque contextual. Si bien no estoy de acuerdo con él y considero que su tipo ideal de «sociedad mercantil posesiva» es una abstracción más bien ahistórica, lo cierto es que esta obra abrió un nuevo e importante campo de estudio.

5. Véase, a modo de ejemplo, Dante Germino, *Beyond Ideology: The Revival of Political Theory*, Harper and Row, Nueva York, 1967.

## 20 De ciudadanos a señores feudales

cima de la lucha política y de los partidismos. Se planteaba problemas universales e imperecederos, buscaba los principios del orden social y del desarrollo humano que fueran válidos para todos los seres humanos, en todas las épocas y lugares. Las preguntas planteadas por los verdaderos filósofos políticos eran —así se sostenía— intrínsecamente transhistóricas: ¿qué significa, por ejemplo, ser realmente un hombre? ¿Qué tipo de sociedad permite el pleno desarrollo de la humanidad? ¿Cuáles son los principios universales de un orden justo para los individuos y las sociedades?

Por lo visto, a los defensores de esta manera de considerar las cosas no se les ocurrió que incluso las preguntas «universales» podían plantearse y ser respondidas de tal manera que sirvieran a determinados intereses políticos inmediatos y no a otros, o que estas preguntas y respuestas podían considerarse, también, como apasionadas tomas de partido. Por ejemplo, el ideal humano propugnado y defendido por los filósofos nos dice mucho sobre cuáles eran sus compromisos sociales y políticos y qué posición defendían en los conflictos que marcaron su época. El hecho de que esto no se reconociera y aceptara significa que los especialistas consideraron que el intento de comprender las obras clásicas, situándolas en la época y en el marco geográfico en que vivieron sus autores, iba a reportar pocos beneficios. Contextualizar el pensamiento político o la «sociología del conocimiento» tal vez podía servir para conocer algo sobre las ideas y las motivaciones de los simples mortales e ideólogos, pero no agregaría nada valioso sobre un gran filósofo, sobre un genio como, por ejemplo, Platón.

Este historicismo casi ingenuo produciría una reacción: una escuela muy diferente que, desde entonces, ha dejado atrás a sus rivales. Aquello que acabó por conocerse como la Escuela de Cambridge a primera vista parece situarse, con su historización radical de las obras (grandes y pequeñas) de la teoría política y la negación de cualquier significado más allá del momento local de su creación, en el lado opuesto. El exponente más efectivo de este *modus operandi*, Quentin Skinner, en la introducción a su obra ya clásica, *The Foundations of Modern Political Thought*, presenta una exposición de su método que parece ser directamente antitética con respecto a las dicotomías en que se basaba el enfoque ahistórico, contrario a la distinción tajante entre filosofía política e ideología y a la oposición simplista entre lo «empírico» y lo «normativo». De hecho, a juicio de Skinner, podemos entender mejor la historia de la teoría política si, en lo esencial, pensamos



que se trata de la historia de las ideologías, lo cual requiere una contextualización detallada. «Porque considero que la misma vida política marca los principales problemas para el teórico político —afirma Skinner— haciendo que un determinado ámbito de cuestiones parezcan problemáticas y un ámbito correspondiente de preguntas se conviertan en los temas principales del debate».<sup>6</sup>

El principal beneficio que reporta este enfoque, escribe Skinner, es que nos dota «de una manera de intuir lo que el autor quiere decir con mucha más sagacidad de lo que sencillamente cabría esperar del hecho de leer el texto “una y otra vez”, tal como los exponentes del enfoque “textualista” han propuesto de manera característica».<sup>7</sup> Pero además existe otra ventaja:

Ahora salta a la vista la razón por la que quiero sostener que, si la historia de la teoría política en lo esencial fuera escrita como una historia de las ideologías políticas, una de sus consecuencias tal vez sería una comprensión más diáfana de los lazos que unen la teoría política y la práctica. Pues, en efecto, a primera vista todo indica que, cuando se recuperan los términos del léxico normativo que un agente cualquiera tiene a su disposición para describir su manera política de comportarse, al mismo tiempo estamos indicando una de las limitaciones que pesan sobre este propio comportamiento. Esto sugiere que, para explicar la razón por la que un agente actúa del modo en que lo hace, estamos obligados a hacer cierta referencia a este léxico, puesto que a todas luces figura como uno de los determinantes de su acción. Esto, a su vez, sugiere que, si tuviéramos que centrar nuestras historias en el estudio de estos vocabularios, estaríamos en condiciones de ilustrar los modos exactos en que la explicación del comportamiento político depende del estudio del pensamiento político.

Entonces, explorando el léxico que los pensadores y los agentes políticos tenían a su alcance, así como los conjuntos específicos de preguntas que la historia había puesto en su agenda, Skinner procedió a reconstruir una historia del pensamiento político occidental en el Renacimiento y en la época de la Reforma y, en especial, a medida que fue adquiriendo su significado moderno la noción de *estado*. Tan-

6. Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, vol. 1: *The Renaissance*, Cambridge University Press, 1978, Cambridge, pág. xi.

7. *Ibíd.*, pág. xiii.

## 22 De ciudadanos a señores feudales

to en esta obra como en otras, la principal estrategia que siguió fue ampliar el radio de su investigación mucho más de lo que lo habían hecho los historiadores del pensamiento político, pasando a tener en cuenta no sólo a los principales teóricos, sino, tal como él mismo lo expresó, «la matriz social e intelectual más genérica a partir de la que surgieron sus obras». <sup>8</sup> No sólo consideró la obra de los grandes, sino también las «aportaciones contemporáneas al pensamiento social y político más efímeras» como un medio para acceder a los léxicos disponibles, a las conjeturas y a los supuestos predominantes sobre la sociedad política que habían modelado el debate en épocas y lugares concretos.

El enfoque de Skinner tiene ciertas virtudes muy claras. Otros miembros de la Escuela de Cambridge también aplicaron estos principios, a menudo de una manera muy efectiva, al análisis de pensadores concretos o de «tradiciones de discurso», sobre todo a quienes habían vivido en los albores de la Inglaterra moderna. El hecho de que las cuestiones políticas que abordaron los teóricos, entre ellos los grandes pensadores, son las planteadas por la vida política real y por las condiciones históricas en las que surgen parece ser una cuestión, *ni más ni menos*, de sentido común.

Pero eso, en gran medida, está condicionado por lo que la Escuela de Cambridge considera un *contexto* relevante. Enseguida se hace evidente que el término *contextualización* no se refiere a lo que Skinner llamaba la «matriz social e intelectual». La matriz «social» tiene poco que ver con la «sociedad», la economía o, incluso, con el gobierno. El contexto social se ha vuelto intelectual y al menos lo «social», ahora, parece estar definido sólo desde un punto de vista lingüístico. La «vida política», que establece la agenda de la «teoría política», es, fundamentalmente, un juego de lenguaje. Al fin y al cabo, contextualizar un texto significa situarlo entre otros textos, entre una serie de términos, discursos y paradigmas ideológicos cuyos niveles de formalidad, desde los clásicos del pensamiento político hasta los textos extensos y los efímeros discursos políticos, son diferentes. Del ataque contra la historia puramente intelectual o la historia abstracta de las ideas, surge aún otro tipo de historia textual, otro tipo de historia de las ideas, sin lugar a dudas más sofisticada y exhaustiva que antes, pero limitada, casi, a textos que han perdido su realidad material.

8. *Ibíd.*, pág. x.

Un listado de lo que, en la exhaustiva historia de las ideas políticas, falta entre los años 1300 y 1600 pone de manifiesto, de un modo bastante riguroso, los límites de lo que Skinner denomina sus «contextos». Él se refiere a un período marcado por acontecimientos sociales y económicos de enorme magnitud, que dominaron y ocuparon un lugar muy importante en la teoría y en la práctica de los pensadores y actores políticos europeos. Sin embargo, en el libro de Skinner no hay ninguna ponderación sustancial de la agricultura, la aristocracia y el campesinado, de la distribución y tenencia de tierras, de la división social del trabajo, la protesta y el conflicto social, de la población, del proceso de asentamiento en ciudades, el comercio, la manufactura y la clase que vive en los nuevos burgos.<sup>9</sup>

Cierto es que J. G. A. Pocock, la otra figura importante en la fundación de la Escuela de Cambridge, parece, a primera vista, más interesado en los avances económicos y en lo que, a simple vista, son factores materiales, como el «descubrimiento» —en palabras de Pocock— del capital y el surgimiento de una «sociedad comercial» en la Gran Bretaña del siglo XVIII. La explicación que él ofrece de este «descubrimiento repentino y traumático» se halla, sin embargo, mucho más apartada de los procesos históricos, a diferencia del planteamiento que hace Skinner con respecto al *estado*.<sup>10</sup> Para Pocock, el momento crítico es la fundación del Banco de Inglaterra. Según él, produjo una transformación completa del sentido de la propiedad, la metamorfosis de su estructura y moralidad, con una «precipitación espectacular a mediados de la década de 1690, acompañada por cambios repentinos en la psicología de la política». Pero, según argumentó, el Banco de Inglaterra —en realidad, la sociedad comercial— no parece tener historia, ya que surge de repente, plenamente desarrollado, como si las transformaciones, en los siglos XVI y XVII, del sentido de la propiedad y de las relaciones sociales, así como la formación del capitalismo agrario inglés, o el sistema bancario característicamente inglés asociado al desarrollo de la propiedad capitalista que precedió a la fundación del banco nacional, no tuvieran incidencia alguna en la consolidación del

9. Véase Neal Wood, *John Locke and Agrarian Capitalism*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1984, pág. 11.

10. Véase John Greville Agard Pocock, *Virtue, Commerce, and History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pág. 108. Para entrar en detalles en esta discusión acerca de Pocock y la «sociedad comercial» habrá que esperar a otro volumen dedicado al período relevante.

## 24 De ciudadanos a señores feudales

capitalismo comercial del siglo XVIII. Una explicación tan sorprendentemente ahistórica sólo es posible porque, para Pocock, quizás aún más que para Skinner, la historia poco tiene que ver con los procesos sociales, y las transformaciones históricas sólo se manifiestan como cambios visibles en los lenguajes de la política. Y los cambios en el discurso que representan la culminación y la consolidación de una transformación social son presentados como su origen y su causa. De este modo, la *historia* del pensamiento político, tanto para Pocock como para Skinner, es curiosamente *ahistórica*, no sólo por su incapacidad para abordar lo que eran, conforme a cualquier apreciación, acontecimientos históricos decisivos en los períodos relevantes, sino por la ausencia misma de *proceso*. De manera característica, la historia, para la Escuela de Cambridge, consiste en una serie de episodios inconexos, muy locales y particulares, como por ejemplo las controversias políticas concretas de algunas épocas y lugares específicos, cuya relación con los acontecimientos sociales más inclusivos, o con cualquier proceso histórico, grande o pequeño, es nula.<sup>11</sup>

Este hincapié en lo local y en lo particular, sin embargo, no excluye la consideración de períodos de tiempo y espacios más amplios. Las «tradiciones de discurso», que son lo propio de la Escuela de Cambridge, abarcan un trozo importante de la historia, a veces siglos enteros e incluso más. Una tradición puede cruzar las fronteras nacionales y también llegar a otros continentes. Puede ser un género literario bastante limitado en su espacio temporal y marco geográfico, como por ejemplo la literatura de los espejos de príncipes (*specula principum*), que Skinner explora de una manera muy efectiva al analizar la obra de Maquiavelo. En el caso de John Pocock, puede ser el discurso de la «sociedad comercial» que caracterizó al siglo XVIII, o la tradición del «humanismo cívico», cuyo alcance fue mucho más amplio y su vida, más duradera. Independientemente de cuál sea su duración o su marco espacial, en el análisis de la teoría política la tradición del discurso desempeñó un papel apenas diferente al que tuvieron los episodios particulares (que en sí mismos son una interacción de discursos), como la *Engagement Controversy* en la que Skinner sitúa a Hobbes, o la Crisis de la Exclusión a la que han recurrido otros al analizar la obra de

11. Para un examen crítico del tratamiento «atomizado» o «episódico» que Skinner hace de la historia, véase Cary Nederman, «Quentin Skinner's State: Historical Method and Traditions of Discourse», *Canadian Journal of Political Science*, vol. 18, n° 2 (junio de 1985), págs. 339-352.

Locke. Los contextos, en ambos casos, son textos. En ninguno de los extremos del espectro histórico de la Escuela de Cambridge, desde el episodio más local hasta la larga tradición del discurso, apreciamos ningún signo de movimiento histórico, ningún sentido de la conexión dinámica entre un momento histórico y otro, o entre el episodio político y los procesos sociales que subyacen en él. Los largos procesos históricos, en efecto, se convierten en episodios políticos momentáneos.

En su concepción de la historia, la Escuela de Cambridge tiene en común algo esencial con las tendencias «posmodernas» más en boga. Para unos y para otros, el discurso es la práctica constitutiva y, en realidad, la única, de la vida social; la historia, en cambio, se disuelve en la contingencia. Ante las «grandes narraciones», tanto la Escuela de Cambridge como los pensadores posmodernos no proponen el examen crítico de sus vicios y virtudes, sino que descartan, de plano, la relevancia del proceso histórico.

#### LA HISTORIA SOCIAL DE LA TEORÍA POLÍTICA

La «historia social de la teoría política», que constituye el tema de este libro, parte de la premisa de que los grandes pensadores políticos del pasado estuvieron comprometidos con pasión en las cuestiones del lugar y de la época en que vivieron.<sup>12</sup> Así fue, incluso, cuando abordaron los temas desde una elevada atalaya filosófica, en diálogo con otros filósofos de otras épocas y lugares, y también, o en especial, cuando trataron de traducir, en principios universales y atemporales, sus reflexiones particulares. Sus compromisos tomaron a menudo la forma de una adhesión partidista a una causa política concreta e identificable, o la forma, incluso, de expresiones más o menos transparentes de intereses particulares: los intereses de un partido o de una clase particular. Pero sus compromisos ideológicos podrían expresarse, también, en una manera más amplia de entender lo que para ellos era una sociedad buena y el ideal humano.

Con todo, no podemos hacer de los grandes pensadores políticos propagandistas o escritores a sueldo. La teoría política sin duda es un

12. Para un examen de la expresión «historia social de la teoría política», véase Neal Wood, «The Social History of Political Theory», *Political Theory*, vol. 6, n° 3 (agosto de 1978), págs. 345-367.